

la misma Virgen Santa. Ved aquí quan buenos cimientos para levantar una no mediana fábrica espiritual, cuyos capiteles no podian menos que alcanzar, y aun penetrar hasta el Cielo. Porque á la verdad, ¿qué virtud, por ardua que sea, no practicará quien tiene á la vista el excelentísimo modelo de un Dios humillado hasta la muerte? ¿Y qué gracia, por exquisita y rara que parezca, no alcanzará quien reconoce por Pastora de su alma á la Madre misma de la gracia? Con esto ya no hay que extrañar que Don Melchor llevase este espiritual edificio mas allá de lo que es regular en un hombre de su estado y de sus comercios. Si de estos principios procedió aquella frecuencia de los Santos Sacramentos tan repetida, que desde sus primeros años hasta estos últimos tiempos dos veces por lo ménos recibia cada semana el Sacramento Augustísimo del Altar: y esto ¡con qué disposicion, con qué ternura, con qué fervor! El era bastante para edificar al Sacerdote que le servia de Capellan, quien ha depuesto, que quando entraba á revestirse para celebrar la Misa, ya le hallaba en oracion preparándose para recibir el Cordero inmaculado. El mismo Sacerdote ha testificado, y en realidad puede testificar como ninguno, la veneracion con que Don Melchor

trataba á los Sacerdotes, Ministros de Jesuchristo, por ser ya abuso tan corriente que semejantes Señores tienen á sus Capellanes en calidad de criados, y los tratan con orgulloso vilipendio. Mas no lo hacia así nuestro Héroe, que no miraba en ellos la corteza exterior de la pobreza, sí la dignidad interior del carácter sacerdotal, siempre augusto, siempre venerable aun á los mismos Angeles del Cielo. Pero ¿qué digo yo á los Sacerdotes? Aun las cosas mas materiales del servicio del Altar manejaba con tanta veneracion y respeto, que habiendo en su casa copia de criados y otros familiares, á nadie permitia se entrometiese á hacer los oficios de Sacristan, reservándolos para sí, como quien colocaba en esto su gloria. ¡O bien empleadas manos imitadoras de las de un Wenceslao Duque de Bohemia, que por sí mismas sembraban el trigo y exprimian el vino que debia servir en el sacrificio de la Misa! Esta virtud de la religion, que es la primera y principal entre todas las morales, como que mira á Dios inmediatamente por objeto, tenia tan distinguido lugar en el corazon de este Christiano Caballero, que en virtud de ella se dedicó, como otro Salomon, á levantar al Señor un magnífico y suntuoso Templo en honor y baxo la advoca-

(20.)

cion del grande Felipe Neri, para el qual erogó generosamente la cantidad de mas de veinte mil pesos, y lo hubiera concluido enteramente si la muerte, ó por mejor decir los altos designios del Altísimo, no hubieran interrumpido sus proyectos. Yo no querría, Señores, sentar plaza de fanático, ó pareceros demasiado misterioso; mas no puedo callar una circunstancia (que no ya contingencia) que acaeció en los últimos dias de la vida del Caballero Noriega, y es: que la última comunión que en salud hizo la recibió en el Oratorio del mismo San Felipe Neri dia veinte y seis de Mayo, en que la Iglesia celebra á este gran Santo; acaeciendo tambien su fallecimiento en el del Corpus, que fué el mismo puntualmente en que murió San Felipe: como que hubiese querido la providencia de Dios darnos una señal nada equívoca de que le habia sido acepta la largueza del difunto y su devocion costosa en edificar el Templo. Á mi me parece, Señores míos, que veo allá en las alturas del Cielo al gran Padre San Felipe, que volviéndose hácia la Magestad de Christo nuestro Señor, y postrándose profundamente ante el augusto Trono de su gloria, le hace aquel razonamiento que en otro tiempo hicieron los Ancianos del Pueblo Judaico á favor del

(21.)

Centurion: (10) *Quia dignus est, ut hoc illi praestes; diligit enim gentem nostram, & synagogam ipse aedificavit nobis.* Digno es, Señor, (diria, á mi modo de pensar, el agradecido Neri) digno es este fervoroso Christiano de que os sirvais, mediante mi peticion y la de todos mis hijos, de admitirle ya en las dichosas mansiones de esta Patria celestial: *Quia dignus est, ut hoc illi praestes;* porque él, en virtud del zelo que le asiste de vuestra honra, ama tiernamente á mis Alumnos, Sacerdotes vuestros, que con tanto empeño la promueven: *diligit enim gentem nostram;* y ha dado al mundo el mas auténtico testimonio de este amor santo, edificando una suntuosa Basílica donde se junten ellos, y congreguen tambien á los demas Christianos á bendecir y alabar todas las noches vuestro Santísimo Nombre: *& synagogam ipse aedificavit nobis.*

A los ruegos de San Felipe, creo yo, que acompañarian los de todos aquellos Santos cuyas Iglesias y cuyas Imágenes adornó tantas veces Don Melchor, así en este Reyno como en España, dando ya vidrieras para sus nichos, y ya otros utensilios de que estaban tal vez menesterosas,

(22.)

principalmente los del glorioso San Francisco de Asís, de cuya sagrada Familia administró el Sindicato, socorriendo prontamente sus urgencias, de que es abonado testigo este tan respetable Convento. Y mas quando Don Melchor no profesaba á los Santos una devocion esteril é ilusoria; si una piedad sólida, una devocion verdadera, que le hacia procurar la imitacion de sus virtudes, á saber: la humildad de los Franciscos; porque ¿quien le oyó jamas preciarse de la nobleza de la sangre, (\*) de lo ilustre de la prosapia, de la brillantez del nacimiento? ¿Quien le oyó hacer alarde de la merced que el Rey le hizo con el Hábito? Quien le vió jactarse de los talentos y no vulgar penetracion de que el Cielo le habia dotado, quando sabemos de positivo que en asuntos graves y peligrosos jamas daba paso sin consulta? De la misma manera podria decirse que aspiraba á copiar en sí la castidad de los Felipes en lo respectivo á su estado. Y en efecto, tengo á la ma-

---

(\*) Tocante á la noble extraccion de Don Melchor me remito enteramente á la executoria y papeles de su Casa; pero todos saben que el Hábito de un Orden Militar, principalmente como el de Santiago, no se dá á una persona villana, ni se viste á ménos de no haber apurado, no solo la limpieza, sino aun lo ilustre de la sangre con informaciones muy exáctas.

(23.)

no un pasage que me hará verdadero en esta parte, y es, quando siendo Juez de esta Ciudad se introduxo á su presencia una procaz mengersilla con el pretexto de cierta demanda de justicia; pero lo mismo injusto de ella, y la repeticion de sus ocurso, le dieron á conocer sus depravadas y siniestras intenciones. No fué tan pronto en advertirlas, quanto en poner un centinela de vista, que se estuviese á la puerta quando viese entrar aquella Venus, para evitar el peligro. Mas sobre todo voy á realzar este texido de sus virtudes christianas con la que entre todas, si no es la mas perfecta y la mas noble, ciertamente es la mas ardua y mas dificil, que es el perdon de las injurias, el amor de los enemigos, y el hacer bien á los que nos hacen mal.

¡Ó y quantos documentos nos dexó el Caballero Noriega de su puntual obediencia á este precepto evangélico! ¡Quantas ocasiones tuvo que perdonar agravios, que sufrir injurias y que volver bienes por males! Varios lances le ocurrieron de practicar esta virtud, tan superior á la natural flaqueza del hombre, que algunos, como dice el Padre San Gerónimo, (11) la juzgaron no solo

---

(11) Lib. 1. in cap. 5. Matth.

(24.)

difícil, sino absolutamente imposible: *Sufficere virtutibus non odisse inimicos; verum diligere plus praecipere, quam humana natura patiatur.* Baste uno por todos, y fué, quando cierta persona por solo un ligerísimo motivo colmó á nuestro Caballero de injurias, le hartó de oprobios y le llenó de dicitos. Y bien, ¿como se portó Don Melchor en este lance tan crítico? ¿Desembaynó la espada de la lengua para retribuir injurias por injurias, y compensar agravios con agravios? ¿Ocurrió á la máxima antigua que Jesuchristo les reprobo á los Judios: *Dentem pro dente, & oculum pro oculo*, que es lo que vulgarmente se dice, *pagar en la misma moneda?* O por lo ménos, ¿se acogió al comun asilo de los cobardes políticos, que es, como dice el Padre San Gregorio: (12) *Quidquid explere per malitiam non valent, hoc in pacifica bonitate simulare?* ¡Ah! ni uno, ni otro. No lo primero, porque ved aquí la graciosa respuesta que, despues de haber recibido serenamente tan horrenda tempestad, sonriéndose le dió inmediatamente á un Amigo que habia presenciado el suceso: *Este era negocio que el diablo quisiera que se llevase á puñetes; pero algo ha de obrar la pa-*

(12) Lib. 10. cap. 16. in cap. 12. Job.

(25.)

*ciencia christiana.* No lo segundo, porque el mismo evento calificó, que esta serenidad de ánimo no habia sido supuesta, ni efecto de flaqueza y cobardía; sino, como él mismo dixo, parto de la *paciencia christiana.* Porque á la verdad, pocos dias despues la misma persona, urgida de ciertas ocurrencias, ocupó á nuestro Caballero Noriega á efecto de que le supliese una gruesa cantidad; y sin encontrar en su semblante memoria alguna de lo pasado, halló su puerta tan franca como lo estaba su ánimo, su arca tan abierta como su corazon, y su semblante tan afable y alhagueño como mantenía su pecho. Y quien fué, Señores, tan sufrido en las injurias de los hombres, ¿se mostraria impaciente en las adversidades que venian de la mano de Dios? Ah! yo no puedo acordarme sin ternura de aquella su exemplar resignacion, con que edificó á todos los circunstantes, quando le dieron la desgraciada noticia del fatal abieso que habia acaecido al centro de sus caricias, al objeto de sus amores, al unigénito de su primer matrimonio, quien se habia precipitado desde una considerable elevacion hasta el profundo. Apénas hubo quien se atreviese á ministrarle una nueva tan infausta, persuadiéndose todos que este aviso habia de exâsperar su ánimo; mas estu-

(26.)

vo tan léjos de este porte, que no se oyeron en sus labios otras expresiones que estas: *Jesus, Jesus, hágase le voluntad de Dios.* Así, no solo en los sucesos prósperos, mas tambien en los adversos, (\*) se dedicaba este no vulgar Christiano á executar todo lo bueno: *Et fac bonum.*

### III.

A vista de esto ya no hay que extrañar, que quien era tan observador de la caridad y la paciencia evangélica, fuese tan amante de la paz: paz que no puede dar el mundo: paz que solo es un don del Cielo, en donde siempre reyna una inalterable serenidad. Pero el mundo, donde conforme al oráculo divino, es preciso que se vean los escándalos: el mundo, donde siempre han tenido cabida aquellas perniciosas palabras *tuyo, y mio*, que son el origen de tantas disensiones: el mundo finalmente, es el lugar y la patria de la

(\*) El Profeta Ezequias parece comparar la vida humana con una tela ó urdidura: *Praecissa est velut à texente vita mea*; en la qual el Texedor no echa todos los hilos derechos, algunos van atravesados. Así le sucedió á nuestro difunto, quien á mas del referido infortunio, en otra ocasion tuvo que padecer quatro meses de la cox de un animal en una taba, que le volvió el pie hácia atrás, en lo que igualmente se admiró su paciencia y conformidad.

(27.)

discordia, donde no basta una mediana diligencia para encontrar la paz, son necesarios mas que medianos esfuerzos para hallarla: es preciso solicitarla y seguirla por todos caminos, como decia el Real Profeta, si queremos alcanzarla: *Inquire pacem, & persequere eam.* Y á la verdad que nuestro difunto, que sériamente la deseaba, la buscaba sin intermision por toda clase de caminos. Él la buscaba primeramente por el del exemplo, guardándola con sus consortes, tratando pacíficamente á sus sirvientes, y haciéndola florecer en sus domésticos. Él la solicitaba por via de la persuasion, como lo hacia allá en el Nuevo Santander, donde, como asegura persona fidedigna que allí le conoció y trató mucho, era Don Melchor el que componia los litis en los matrimonios, y apaciguaba las casas y las familias. Él la procuraba por el medio de dar sus pasos é interponer sus respetos, como es notorio en esta noble Ciudad. Él la seguia por la senda del interés, siendo este el fin de muchas de sus limosnas, como lo da á entender este suceso acontecido allá en la Colonia. Vino una pobre muger en solicitud del Señor Conde de Sierragorda para quejarse de la mala vida que la daba su marido. Encontró primeramente á Don Melchor, quien oyendo su quere-

(28.)

lla, y sabiendo que la pobreza era la causa de su desavenencia: ¿por pobre te peleas? (la dixo): como me des palabra de llevarte en paz, yo remediaré tu pobreza. Inmediatamente hizo llamar al marido, y mandó se le entregasen quinientas cabezas de ganado cabrío, las que él poco á poco satisfizo, quedando ambos en paz y remediados. Pero por último, él solicitaba tambien la paz por el arbitrio de exponer su vida y aventurar su persona, lo que justifica este otro tan admirable pasage. Levantáronse, no sé con que ocasion, los Indios de la Mision de *Palmillas*, y estaban tan ciegas y enfurecidas aquellas bárbaras gentes, que no fueron bastantes para sojuzgarlas y sosegar el motin, ni aun las temibles armas de la tropa. Presentóse Don Melchor á la frente de aquella turba irritada, y no de otra suerte que un San Ambrosio, quando siendo aún lego se apersonó por orden de Probo Prefecto en la Iglesia de Milán para serenar un tumulto, lo que consiguió en virtud de su eloquencia: no de otra manera (si ya me es lícito hacer semejante paralelo) que un San Leon Papa, quando á las puertas de Roma reprimió el furor de Atila, que con un poderoso ejército venia sobre ella: así nuestro Don Melchor apaciguó la cólera de los bárbaros, dicién-

(29.)

dolos de este modo: ¿Qué es esto, hijos míos? ¿No soy yo vuestro Padre? ¿Porqué ha sido esto? Sabian bien ellos que Don Melchor era allí (dígolo con las expresiones del informe) el asilo de los pobres, el amparo de las viudas, el Padre de los huerfanos y el habilitador de los adeudados: y así no fué mucho que fuera tan poderosa su voz para sosegarlos, pues era tan franca su mano en socorrerlos: medios de que él se valia para buscar y seguir por todos caminos la paz: *Inquire pacem, & persequere eam.* Y estos mismos los ordenaba en todo caso á agradar á Dios, proveyendo de este modo á su propia alma, que es la mas importante y mejor misericordia: *Miserere anime tue, placens Deo.*

## SEGUNDA PARTE.

**P**ERO he aquí, Señores, que yo insensiblemente me he entrado ya en mi segundo punto, que es el socorro de los próximos por medio de las limosnas y algunos otros arbitrios: punto á que protesto con ingenuidad que no quisiera acercarme, porque en esta parte la abundancia me hace pobre. Porque ¿quien hay que pueda exponer en breve rato, ó reduciéndose á pocas lí-